

# GALDÓS y CANARIAS

## 2

Más de una vez debió don Sebastián de referir a sus hijos la mayor aventura de su vida: aquella ya lejana expedición a la península en el batallón de granaderos canarios. Y como con los años va aumentando en todo hombre la necesidad de compensar la disminución de sus energías con el recuerdo consolador de actividades pasadas, debieron de ser los hijos más pequeños los que desde la infancia le oírían repetir más veces los diferentes episodios de su campaña: el triunfo de Alburquerque, la batalla de Chiclana, el lance formidable de la construcción de una batería en el sitio de Cádiz... La versión de los hechos que él diera, quizá se completara con la más detallada y puntual que alguna vez en visita, refiriese su hermano don Domingo, el que fué de capellán. Y, por último, no debió de faltar la versión pintoresca, contada a los chicos por el que sirvió de asistente durante la campaña, el fiel Juan, criado después, por muchos años, de la casa. Sin embargo, el pacífico Benito no sentía la tentación de formar batallones con soldados de papel, ni de jugar a la guerra como la mayor parte de los niños de su edad. Si se atiende a una anécdota, casi se puede decir que llegó a sentir cierta adhesión a lo marcial.

Segúnabría de dar a conocer muchos años después su hermana Tomasa, parece que con frecuencia acostumbraban vestir a Benito de blanco. Y él, que se había fijado en la facha grotesca de los milicianos —blanco uniforme sobre la morena piel africana— cuando acudían a pasar revista el día de San Pedro Mártir, se quejó un día amargamente:

—¡Háganme —suplicó— otro traje que no sea blanco, porque con éste me parezco al tambor mayor!<sup>(25)</sup>.



### Blandura y religiosidad

Entre su casa y la escuela de la niñas de Mesa, pasó tranquilamente la infancia de Benito. La religiosidad y la blandura femenina de uno y otro ambiente debieron de predominar en el tibio aire de estos primeros años: su madre, católica de una pieza, como buena hija de padre vasco e inquisidor; su tío Domingo, sacerdote y padrino suyo además; la escuela, vinculada a la catedral por don José el pendolista, y tanto en la escuela como en la casa —las inefables niñas de Mesa, las hermanas mayores de Benito, Teresa la criada— mujeres de religiosidad sencilla y tierna femineidad. Viviendo en este ambiente, no es raro que Benito, ya de por sí poco adelantado y activo, se manifestase en forma tan dulce y pacífica. Las tijeras pudieran servir de emblema de esta pri-

mera parte de su vida, tan llena de monigotes y de procesiones de papel.

### Alumno interno del Colegio de San Agustín

Al recoger, aprendidas ya las primeras letras, el banquillo de la escuela e ingresar como interno en el colegio de San Agustín, Benito debió de sufrir, pues, la impresión de un brusco trasplante. Allí ya no había una cariñosa mano femenina que le protegiese: no está su madre, amorosa a pesar de su carácter entero, ni sus hermanas, ni Teresa, ni doña Bernarda, la maestra, que si le amenazaba con su palmeta y su caña, también le defendía. Por primera vez se encontró sólo, sin más defensa que las suyas propias, ante un ambiente, que, si no le era hostil, al menos le era desconocido.

La actividad en el nuevo centro no se desarrolla con ritmo tan machacón y monótono como en la escuela. Mas, a pesar de esta mayor holgura de movimientos, no se observan repentinos cambios en la manera de ser de Benito. A las horas de recreo, en que los chicos, al quedar en libertad, se manifiestan espontáneamente, y saltan y corren y gritan, él, un poco encogido todavía en el nuevo ambiente, permanece sentado en uno de los poyos del patio, cotemplando a sus compañeros con ojos semidormidos y benévolos.

Los domingos por la mañana se le permite, como a los demás internos, salir a visitar a su familia. Las mujeres de la casa admiran su uniforme azul con botones dorados, su gorra —*la cachucha con visera*— y, sobre todo, el frac con faldones. En los bolsillos del frac guarda al marcharse las golosinas preparadas por las manos amantísimas de la madre. Aunque es goloso, las reserva para la merienda.

La tarde del domingo es esperada por todos los alumnos con ilusión espe-

cial. Formados de dos en fila y guiados por los profesores, atraviesan marcialmente la calle de Triana, y van a esparcirse en grupos por la playa próxima al muelle viejo; allí pasan la tarde jugando alegremente. Esta alegría se trueca para Benito alguna vez en desconsuelo. Durante el trayecto, algún compañero desaprensivo, fiando en que él no habría de reaccionar furiosamente, le ha metido la mano en los faldones y, sin que lo advirtiese, le ha mermado la merienda, esperada con tantas ansias.

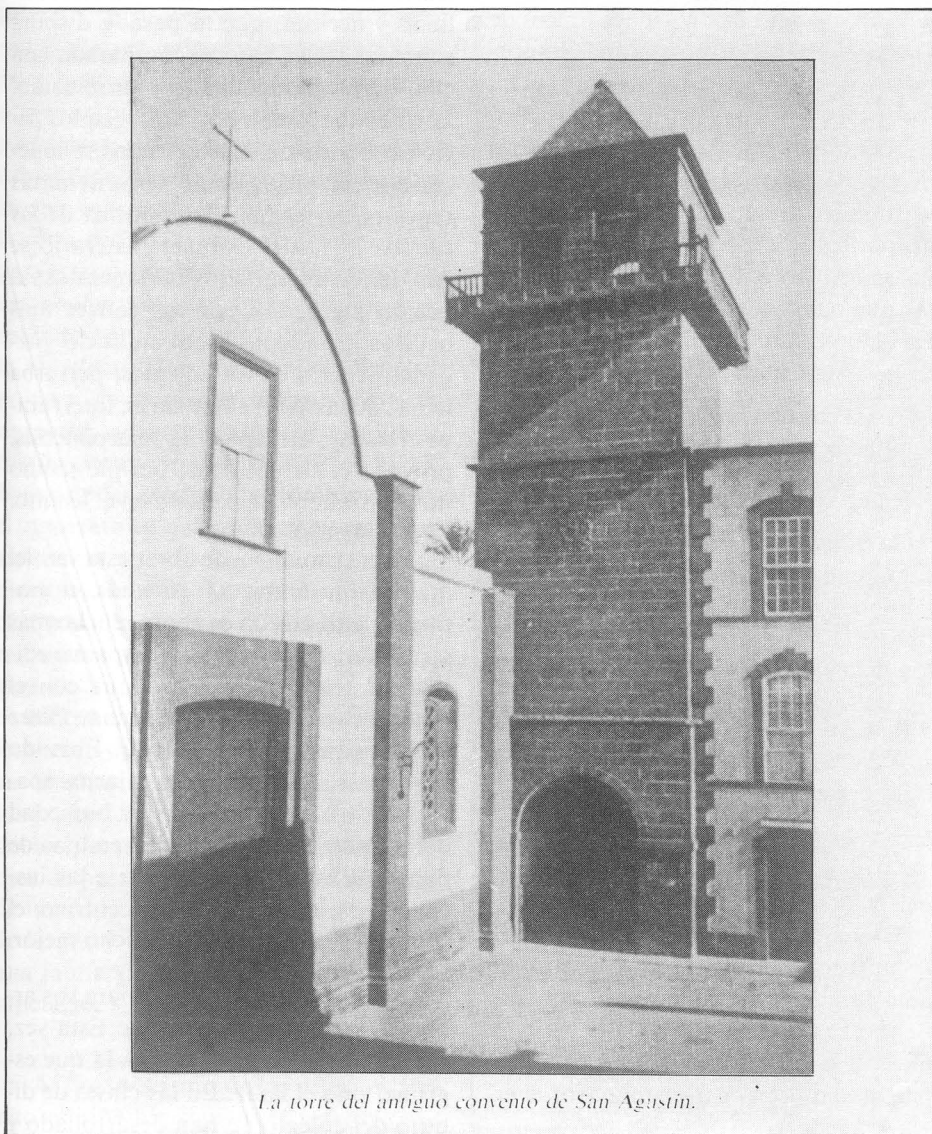
En las clases, tampoco Benito se hace notar, de pronto, como estudiante despierto y avisado. Pertenece más bien a ese tipo de estudiante corriente que ni sobresale por su inteligencia, ni sufre castigos por su torpeza. Sólo alguna que otra vez se le amonesta por distraído; su atención, cansada del aburrido libro de

texto, vuela libre por el aula y se para a observar aquí y allá las cosas más insignificantes. Ningún profesor descubre en él facultades extraordinarias. Y así, quien había de llegar un día a ejecutar, por ejemplo, el andante de la Sonata 28 de Beethoven, pasa por la clase de música como uno de tantos alumnos insignificantes y anodinos. Al cabo de los años, el profesor, por más que se estruje la memoria, no logrará recordarlo<sup>(26)</sup>.

### El ambiente liberal del Colegio

Benito, a pesar de todo, progresa de modo notable en sus estudios. En el colegio reina todavía el entusiasmo de su reciente creación y los profesores trabajan y hacen trabajar. Hay, además, en

## \* Alumno en el Colegio de San Agustín \* Dibujante y poeta



La torre del antiguo convento de San Agustín.

sus aulas, un hervor de ideas modernas que mantiene el ambiente despierto y lleno de curiosidad. Allí ha desembocado un inquieto hilillo liberal, llegado un poco soterrañamente de aquellos primeros momentos, ilustrados, del Seminario. La restauración absolutista había reprimido las modas y las ideas afrancesadas. Algunos jóvenes se ausentaron entonces prudentemente de las islas; otros quemaron todos los libros y periódicos de la época constitucional; algún eclesiástico liberal fué desterrado. Pero, muerto Fernando VII, el liberalismo había vuelto a levantar cabeza: las publicaciones se habían multiplicado, las ideas circulaban con menos trabas; muchos emigrados habían regresado de su destierro forzado o voluntario...

Entre los profesores del colegio, se encontraba uno de estos liberales vultos del exilio: el inquieto doctoral don Graciliano Afonso, que, como se recordará, había sido diputado durante *los dos mal llamados años* y, entre otras cosas había votado la incapacidad de Fernando VII. En el colegio explicaba Humanidades y, hacía poco —1853— había publicado una traducción de la *Eneida*. Al frente de ésta, había insertado una *Advertencia*, que empezaba así: “En el año 1838 traje de América, donde permanecí 18 años emigrado por la causa de la libertad, una traducción de la *Eneida* en prosa, con notas, para la instrucción de la juventud canaria”.

## GALDÓS Y CANARIAS

No había instruído, sin embargo, a muchos alumnos en Las Palmas desde su regreso; sus actividades como profesor casi se habían limitado, antes de la fundación del colegio, a la educación de los hermanos Martínez de Escobar. En cambio, su labor cerca de ellos había sido tan intensa, que se podía considerar como un auténtico magisterio. En casa de los Martínez de Escobar se llegó a organizar una recoleta tertulia literaria presidida por el doctoral. Y en ella, las ideas filosóficas y políticas del maestro, en sabia relación con sus conocimientos humanísticos, habían abierto honda huella en contertulios y discípulos. Uno de éstos, don Teófilo Martínez de Escobar, era ahora también profesor del colegio.

Todos estos aires de libertad, aunque influían en el ambiente del centro, no eran bastantes, sin embargo, para alterar la vida escolar, que transcurría tranquila entre las aulas, los paseos y las visitas a la familia. La inalterable rotación del estudiante en el vivir sosegado de la isla<sup>(27)</sup>.

### Estudiante y periodista

Aunque no es muy comunicativo, Benito va haciendo, con el tiempo, algunas amistades entre los compañeros. Estrecha la que ya tenía desde la escuela con Juan Sall y se relaciona principalmente con Andrés y Juan Navarro, con Fernando Inglot y con Fernando León y Castillo; este último es nieto de Juan María de León, el jefe del batallón canario que intervino en guerra de la Independencia.

Este grupo de muchachos se va contaminando, al correr de los días, de inquietudes que los demás no aprecian. Las novedades y alteraciones de la vida insular hallan en ellos especiales y finas resonancias. El periodismo, por ejemplo, que en la ciudad empieza a tener sus primeras manifestaciones, despierta en el grupo un sano afán de imitación. Las consecuencias no se hacen esperar, ni pueden ser más esperanzadoras. En el colegio, empieza a circular un periódico manuscrito, hecho según el modelo de los "de verdad". ¡Ingenuos y encantadores periódicos de los colegios! En este periodiquillo que ya circula de mano en mano en el colegio de San Agustín, aparece publicado el primer trabajo literario de Benito.

Pero el tranquilo muchacho, que, por lo visto, tiene sus inquietudes calla-

das, no plagia ni aprovecha en su artículo materiales de segunda mano. Quien había arrancado a la realidad personajes como Pepe Chirino y los había recreado con un trozo de papel y unas tijeras en su mundo de pequeñuelo, toma también de la vida los elementos para este otro mundo de papel y tinta que, ya un hombrecito, empieza a formar con la misma tenacidad y la misma observadora y callada diligencia.

El artículo de Benito fué muy comentado, y su asunto merece recordarse.

En el teatro que después se había de llamar *Teatro viejo* y que entonces era reciente, actuaba una compañía de zarzuela y ópera. Lucían allí sus líricas facultades dos tiples, cuyos nombres han sido conservados por la fama: la Pelisari y la Cavaletti. La primera era mujer entrada en años, ducha en el oficio de cantar y moverse en las tablas; la otra, en cambio, muy joven, con voz más fresca, descuidaba aquellos detalles y se fiaba en los recursos de su juventud. El público, como siempre dividióse en dos bandos, y llegó a ser tan vehemente el encono entre ellos, que muchos espectadores salían de las funciones roncos de gritar. No había otro tema más importante que distrajerse la atención y todos los comentarios se centraron en él. Por la noche, en la plazoleta del teatro, más de una discusión terminó a golpes; y en la función de la tiple predilecta, cada grupo llenó la escena de flores y soltó palomas, con gran susto de las señoritas que ocupaban la galería del centro. En algunas familias, hasta hubo disgustos y distanciamientos.

Esta contienda, vista con toda la seriedad y ojo crítico de que puede ser capaz un adolescente, fué el objeto de la crónica de Benito. En ella se recortaba la gloria artística de las dos tiples y se ridiculizaba el exaltado fervor de sus admiradores. El artículo, a pesar de su limitada difusión, sirvió de escándolo a los más apasionados y de vergüenza a los de mejor sentido<sup>(28)</sup>.

### Benito Pérez, dibujante

Este espíritu de frío observador, capaz de descubrir rápidamente lo grotesco de una y otra parte, no se manifestó, sin embargo, poco después, con motivo de otra disputa no menos apasionada. Benito tomó partido en ella, y su ingenio satírico, espoleado entonces por la parcialidad, se mostró con mayor energía y agudeza.

A toda la población le había parecido muy acertada la idea de construir un nuevo teatro. El de Cairasco, a causa de la gran afición que se había despertado a las representaciones escénicas, había empezado pronto a resultar pequeño; además —¡y esto era una razón de mucho peso!— el teatro de Santa Cruz de Tenerife, la eterna rival, era mucho más grande. Pero si ante el proyecto había habido unanimidad de pareceres, la opinión se dividió profundamente en relación con su emplazamiento. Unos señalaban como lugar más indicado la plazuela del Príncipe Alfonso; otros pedían que el teatro se construyese junto al mar, para que los barcos lo pudieran ver desde el horizonte. Este punto de vista marítimo ha sido siempre una pesadilla en Las Palmas y ha influido mucho en el planeamiento de edificios y barriadas. En cierta ocasión se había de proponer el derribo de la vieja iglesia de San Agustín, o por pasión sectaria, sino para que el navegante, a su paso, pudiera columbrar al menos un costado de la fuente monumental del Espíritu Santo. En esta ocasión del emplazamiento del teatro, la contienda adquiere tal generalidad y acritud, que la pasada disputa sobre las tiples parece, comparada con ella, un juego regocijado y entretenido. Los bandos toman posiciones en los periódicos y desde sus columnas se ametrallan con las más envenenadas especies; la tertulia de la botica de *las cadenas* y la del Gabinete Literario se convierten en agitados parlamentos; la pasión zigzaguea por los cauces más ocultos: invade las escribanías del juzgado, penetra en los colegios, perturba la paz de las salas capitulares, interrumpe el trabajo en zapaterías y carpinterías, provoca crisis políticas; porque ¡cómo no! hay mucho de política en el asunto.

Benito no se puede librar esta vez del apasionado ambiente. Además, el motivo de la discusión es ahora mucho más serio. Considera que es un disparate edificar el teatro —el teatro que con el tiempo se había de llamar *Pérez Galdós*— a la orilla del mar. El ruido de las olas en un playa de guijarros apagaría la voz de los artistas; la humedad del mar se filtraría por las rendijas de puertas y ventanas estropearía las instalaciones; en un sitio más céntrico, el proyectado teatro estaría mucho mejor.

Benito, como todos, prepara sus armas y se dispone a la lucha. Esta vez, sin embargo, no es la pluma la que esgrime, sino el lápiz. En las clases de dibujo del colegio, se han desarrollado y

cultivado sus facultades de dibujante; ha reproducido láminas muy difíciles algunas de las cuales, como la que representa un caballo en libertad, han sido guardadas por su profesor. Pero Benito no maneja el lápiz descansa del aburrimiento del texto en todas las clases y en el salón de estudio. Sus manos profanan los márgenes de sus libros con dibujos y caricaturas. Las figuras de sus compañeros y profesores orlan, sobre todo, las matemáticas, asignatura la más indigesta para él, y ante la cual son frecuentes sus distracciones. Con el lápiz le parece que podrá expresar mejor que con la pluma sus ideas sobre el emplazamiento del teatro. Las escenas que imagina en éste, si se construyera junto al mar, se le presentan con tal fuerza y gortesco vigor, que piden más una expresión plástica que literaria. Son muchas las escenas y situaciones que concibe. Uno tras otro, va trazando así dibujos y dibujos y casi llena un álbum. La intención satírica no es menor que la variedad: allí aparece, batido por las olas, el murallón del teatro, donde los buques atracan y donde las aguas levantan y ponen en tierra a los artistas y su equipaje; allí están los espectadores, provistos de salvavidas, en palcos y butacas; una señora gruesa, muy conocida entonces, ocupa un palco y prepara su miriñaque para flotar; grupos de personas que acuden al espectáculo llegan nadando o en lancha; marineros curtidos por el sol de la costa de Africa esperan en el pórtico para trasportar en brazos a las señoras; un caballero se acerca a la taquilla y es recibido por un pez mitológico que agita las aletas; don Agustín Millares, el profesor de música del colegio, dirige la orquesta, cuyos músicos, con el agua al cuello, elevan y ponen a salvo los pabellones de las trompas y trombones; en el momento en que se canta *Norma*, los artistas huyen ante la violencia de las olas, que abren en el muro una gran brecha; por ella penetra y rompe las decoraciones la proa de un buque gigantesco... Y después, en las sombras de la noche, la luna, burlona, que ríe enloquecida y contempla el espectáculo de las lanchas que buscan a las víctimas junto al puente. Y más abajo, en el fondo, los peces fantásticos que miran con ojos de pasmo; y cangrejos y langostas de fuertes patas de tenaza, y los pulpos de largos y viscosos tentáculos...; toda una fauna submarina asombrada y estupefacta.

Al dorso de uno de los dibujos, Benito escribe los siguientes versos:

*El infeliz arquitecto  
sólo adornó el frontispicio  
con estatuas y letreros,  
que es un adorno sencillo;  
mas bien pronto este defecto  
disimularon solícitos  
el cangrejo y la langosta  
con el pulpo y el erizo.*

Ninguna de las críticas que en los periódicos y en las tertulias fueron lanzadas por hombres sesudos contra el intento de emplazar el nuevo teatro a la orilla del mar, tuvo la agudeza satírica de la de este joven estudiante, observador e imaginativo. Todos los puntos débiles del proyecto fueron señalados con caricaturesca malicia por su lápiz juguetón y expresivo. Cuantos vieron los dibujos rieron su gracia y los celebraron.

En ellos se manifestaban las dotes de observación de su autor con mayor riqueza que nunca, pero a su lado una vigorosa fantasía creadora brillaba con no menor intensidad. Y junto a la observación y la fantasía, fuentes capitales de

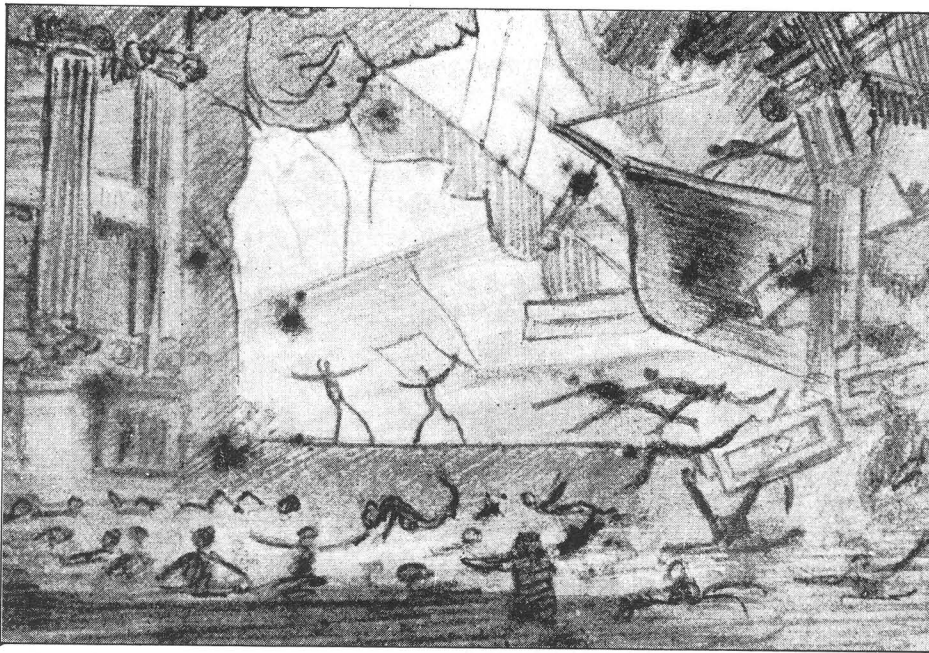
su talento, el rasgo más destacado de su carácter: la paciencia y la tenacidad. Igual que, cuando pequeño, pasara horas y horas recortando figuras de papel, en esta ocasión del teatro no se limita a trazar rápidamente una o dos caricaturas. Con su natural sosiego, insiste en el tema una y otra vez, descubre y examina todos sus aspectos, y con morosa delectación va desfigurando caricaturescamente todos los rasgos capaces de expresar su fino humor<sup>(29)</sup>.

#### Estudiante distraído y malicioso poeta

Toda esta labor de dibujante, igual que la de "periodista" —periodista escolar, pero periodista al fin—, era realizada a hurto de sus estudios de bachillerato; era el fruto —prometedor fruto— de sus distracciones.

En los partes o informes minuciosos de las clases que se elevaban al rector del colegio, casi siempre aparecía Benito con





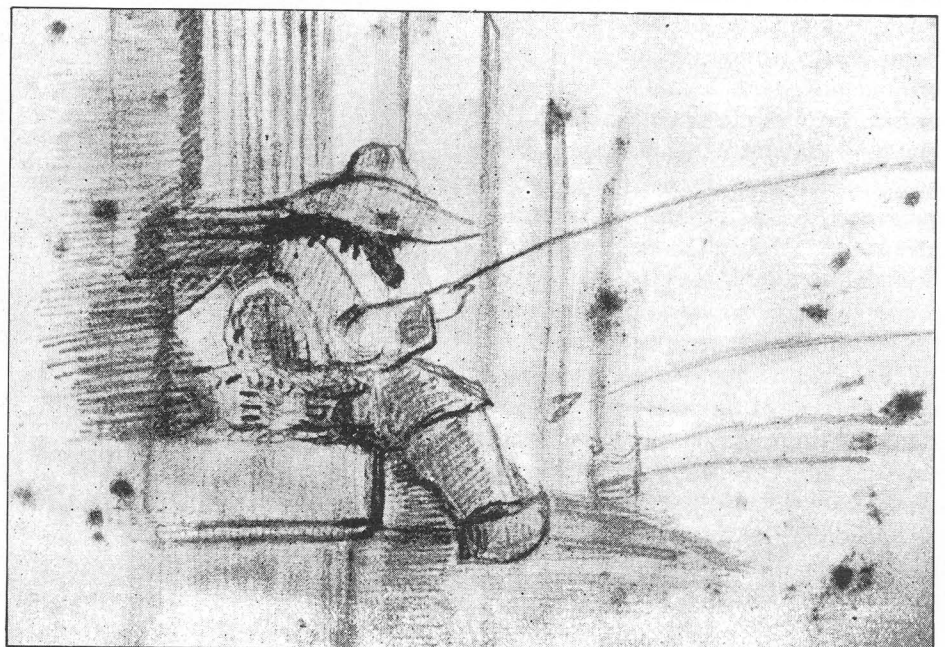
Un barco irrumpe en escena.

## Sátira del teatro náutico: El edificio que llevará su nombre es visto por el joven Benito como un coliseo acuático

la misma calificación: *distraído*. Profesores e inspectores le amonestaban con frecuencia por su falta de atención y por la incorrección de sus dislocadas posturas. Una vez, casi echado sobre el negro pupitre, otras ocn el cuerpo ladeado en difícil equilibrio, algunas con torceduras y contorsiones inexplicables, y casi siempre con las piernas, largas y elásticas, retorcidas y enroscadas con flexibilidad de mimbre, jamás se encontraba en forma correcta. Conseguir que Benito se pusiera derecho, fué un problema que no alcanzó solución. Obedecía a las advertencias, pero, al momento, su espina dorsal adquiría posturas de cuello de cigüeña y su atención volaba hacia las nubes. El lápiz o la pluma no tardaban en entrar en acción.

Cierto día el resultado de una de estas distracciones casi le cuesta un disgusto. En el salón de estudio del colegio, había compuesta una poesía en la que satirizaba la figura del señorito, o, si se quiere, de un determinado pisaverde. La composición empezó a circular entre el gremio estudiantil y no tardó en caer en manos de un joven quisquilloso, que se dió por ofendido. Creyendo que le aludía claramente, estaba a punto de llegar a las manos con el malintencionado autor, cuando intervino el encargado del

salón de estudio, Faustino Méndez Cabezola; este joven inspector restableció el orden académico, confiscó la poesía y la sacó a la vergüenza pública en un periódico de Las Palmas. Pocos días después fué reproducida en *El Comercio de Cádiz*; de este periódico parece que la tomó más tarde (12 de abril de 1862) *El Omnibus* de Las Palmas y, por último, hasta llegó a las columnas de un periódico madrileño. Con *El Pollo*, que



La fachada del coliseo náutico, convertida en lugar de pesca.

este era el título de composición tan cacareada, Benito Pérez se asomaba por primera vez, y sin proponérselo, a las columnas de la prensa de Madrid. La poesía, sin embargo, no era una gran cosa, como se puede ver:

*¿Ves ese erguido embeleco,  
ese elegante sin par,  
que lleva el dedo pulgar  
en la manga del chaleco;  
que altisonante y enfático  
dice mentiras y enredos  
agitando entre sus dedos  
el bastón aristocrático;  
que estirando la cerviz  
enseña los blancos dientes  
sobre la curva nariz;  
que saluda con tiesura  
a todo el género humano,  
y lleva siempre la mano  
enclavada en la cintura;  
que más obtuso que un canto  
y sin saber la cartilla,  
refiere la maravilla  
del cambate de Lepanto;  
que va al teatro y pasea  
sus miradas ardorosas,  
cotemplando a las hermosas  
jóvenes de la platea;  
que aplaude mucho al tenor  
y aplaude a la Cavaletti,  
critica a Donizetti,  
y al autor del "Trovador";  
que hallándose en la reunión  
sin modales elegantes  
se va estirando los guantes  
por vía de admiración?...  
Ese estirado pimpollo  
que pasea y se engalana  
de la noche a la mañana,  
es lo que se llama un pollo<sup>(30)</sup>.*

## Otra vez el Teatro Romanticismo y Sátira

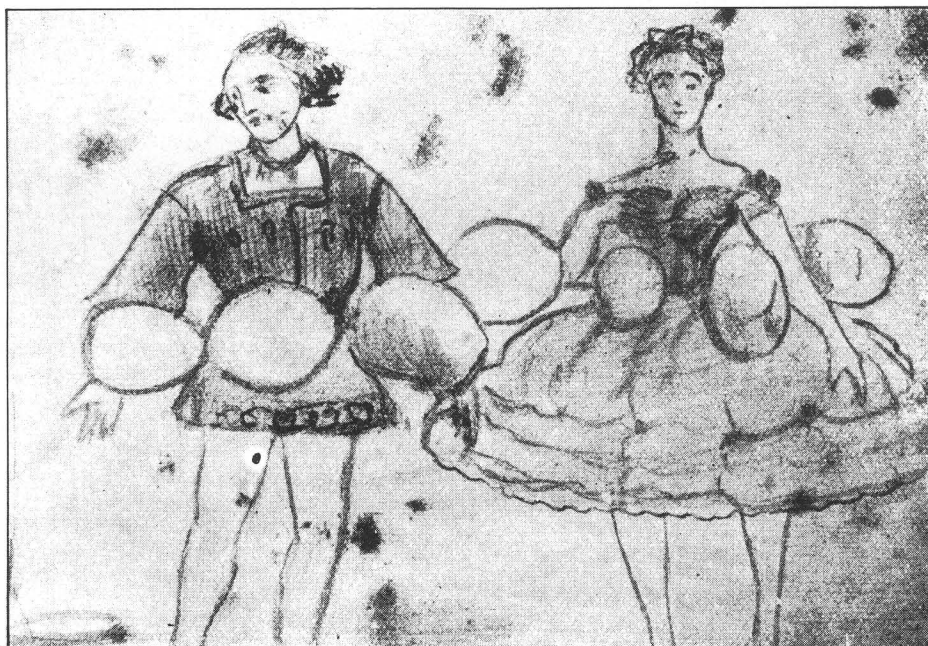
Benito es ya casi un Bachiller; anda por los dieciocho o diecinueve años, y, sin embargo, no es nada presumido; sencillamente, llega, más bien, a ser a veces algo descuidado. Con las limpias ideas propias de los años mozos, libres aún de bajos intereses y de conveniencias sociales, siente aversión hacia todo falso y vacuo; su espíritu crítico, hijo del idealismo de su juventud y de su aguda observación, se agita ante la hipocresía y la torcedura de las obras y acciones para satisfacer interesadas y ocultas miras. De modo especial le sigue inquietando el rumbo desfavorable que toma la cuestión del emplazamiento del teatro. Por la finalidad cultural del edificio, es tema que preocupa grandemente en el colegio. Los profesores siguen con atención la marcha de la tramitación de este asunto y la comentan en todos los tonos. Los alumnos, con mayor o menor intensidad y resonancia, también se hacen eco de la inquietud del ambiente en sus conversaciones. Y Benito, quizá el más sensible de sus compañeros, hace de nuevo esta cuestión objeto de su crítica. En una composición, mucho mejor que la de *El Pollo*, satiriza violentamente a las autoridades municipales, que, tras un prolongado debate, acaban por votar la construcción del teatro a orillas del Atlántico.

En la nueva producción poética, de marcada traza romántica, el espectro de Cairasco de Figueroa, poeta bajo cuya advocación había sido puesto el teatro viejo, surge una nueva noche sobre la ciudad y lanza enérgicos dicitos contra los malos patriotas, autores del acuerdo. Los versos esdrújulos procuran dar mayor propiedad a la evocación de Cairasco:

*En una noche lóbrega,  
se ciernen sobre el ámbito  
de la ciudad pacífica  
siniestro ser fantástico.  
Es el espectro fúnebre  
de aquel poeta extático  
que a mártires y vírgenes  
y apóstoles seráficos  
colores dió poéticos  
con sus serenos cánticos;  
de aquel cuyos volúmenes,  
que algunos llaman fárragos,  
contienen más esdrújulos  
que gotas el Atlántico.*



*Un inesperado apuntador.*



*Artistas con salvavidas.*

*Al ver la chata cúspide  
del coliseo náutico,  
una sonrisa lúgubre  
bulló en sus labios cárdenos,  
y con expresión hórrida  
exclama contemplándolo:  
“¿Quién fué el patriota estúpido,  
quién fué el patriota vándolo,  
que imaginó las bóvedas  
de ese teatro acuático?  
¡Por vida de San Crispulo!  
Que a genio tan lunático  
merece coronársele  
con ruda y con espárragos,  
para que el tiempo próximo  
en los anales clásicos  
le aclme por cuadrúpedo  
con eternal escándalo”.*

*Así dijera, y súbito,  
su rostro seco y pálido  
tiñóse con la púrpura  
del ecendido gánigo,  
y en los espacios célicos  
corrió con vuelo rápido,  
pronunciando los últimos  
esdrújulos tiránicos,  
que en el espacio cóncavo  
repite el eco lánguido,  
diciendo en voz lacónica:  
“¡Qué bárbaros, qué bárbaros!”<sup>(31)</sup>*

**J. PÉREZ VIDAL:**  
“Galdós en Canarias” (1843-1862)